



Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



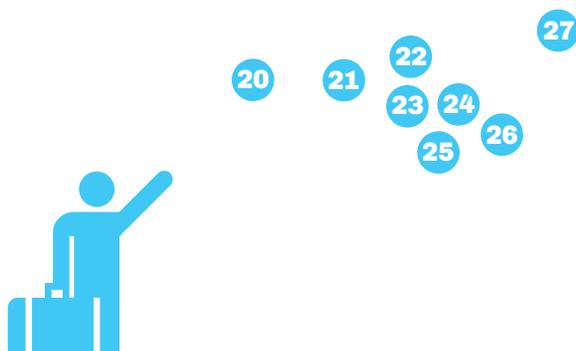
20 Algunos burgueses tocan las bocinas artísticamente. **21** La tarde se diluye en el bermellón de los basurales. **22** ¡Al lago! ¡A beber, a beber y a remar! **23** De los niños gloria y monumento vegetal del Parque. **24** La diversión consiste en dar vueltas en torno de la isla. **25** Rompe la melancolía la carcajada del sol. **26** Allí donde el parque se incrusta en edificios. **27** Familias enteras comen pensativamente helados de colores.

**Eduardo D'Anna Héctor Sebastianelli
Florencio Sánchez Fausto Hernández
Edgardo Dobry Francisco Gandolfo
Alberto Lagunas Angélica Gorodischer**



Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



Recorridos anteriores

1 Roberto Arlt 2 Jorge Söhle 3 Ada Donato 4 Felipe Aldana 5 Beatriz Vignoli 6 Lilian Neumann 7 Arturo Cancela 8 Rosa Wernicke 9 Jorge Isaías 10 Rubens Bonifacio 11 Patricia Suárez 12 Pablo Crash Solomonoff 13 Oscar Taborda 14 Alfonsina Storni 15 Daniel Giribaldi 16 Osvaldo Bazán 17 Borges/Bioy Casares 18 Daniel Briguet 19 Rafael Ielpi

:e(m)r;

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO

Rosario Ilustrada / Guía literaria de la ciudad

© Editorial Municipal de Rosario 2004

Edición general Pedro Cantini / Compilación y edición Martín Prieto y Nora Avaro / Ilustración Luis Lleonart, Milena Alessio y Silvina Marietta / Diseño Cosgaya Diseño / Impresión Borsellino Impresos

EMR agradece especialmente, por su colaboración en la elaboración de esta Guía, a Ricardo Avaro, Analía Capdevila, Eduardo D'Anna, Hugo Diz, Elvio Gandolfo, Francisco Garamona, Daniel García Helder, Alberto Giordano, Diego Giordano, Rafael Ielpi, Jorge Isaías, Jorge Malla, Gladys Onega, Judith Podlubne, Agustina Prieto, Roberto Retamoso, Sylvia Saítta, Oscar Taborda, Fernando Toloza, Alberto Carlos Vila Ortiz, Héctor Nicolás Zinni.

Esta edición se compuso con las fuentes *Rosario y Chivo*, de Héctor Gatti (Rosario, Argentina, 2004).

20

Avenida Godoy

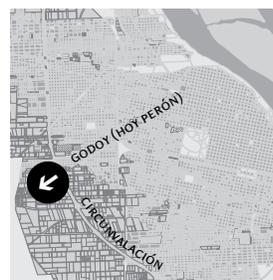
por Eduardo D'Anna

La entrada de Jesús en Rosario

Se realiza por la
Avenida Godoy
en un carro de verdulero.
Los periodistas
se encuentran imposibilitados
de entender el hecho
creen que esto sólo pasa en Rosario
y no saben con qué empresa
quedar bien.

De Villa Banana parten
las exclamaciones más entusiastas.
Algunos burgueses tocan
las bocinas de sus autos
artísticamente.

No puedo verlo bien
va adentro del carro
sé que charla con varios tobas
que se han subido
pero no tiene el pelo tan largo;
en un momento
veo que alza la mano
y abarca descriptivamente todo
como si dijera:
“todo esto es mío”,
“acá todos me van a oír”, o
“todo esto no existe”.

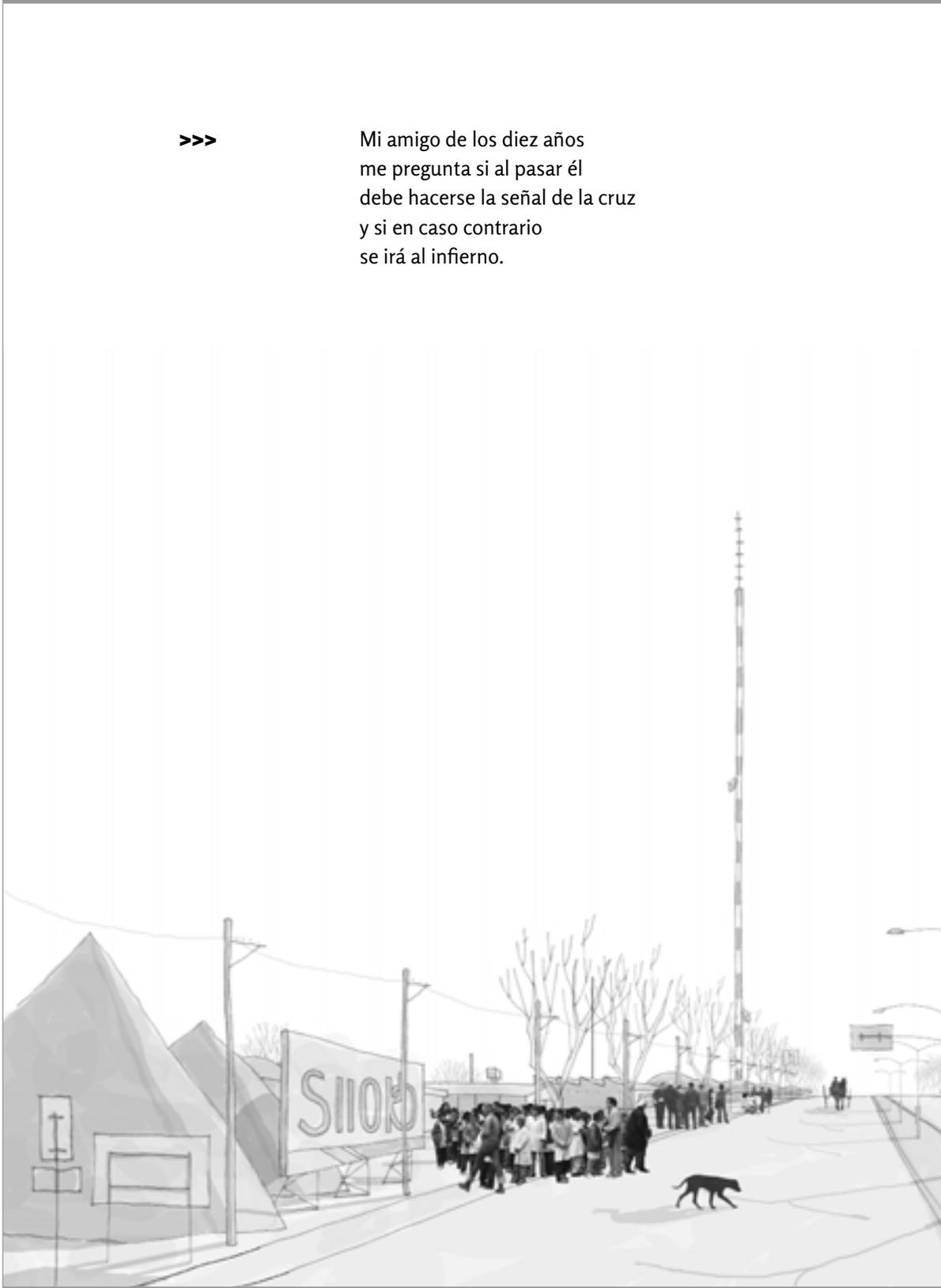


**Algunos
burgueses tocan
las bocinas
artísticamente**

>>>

>>>

Mi amigo de los diez años
me pregunta si al pasar él
debe hacerse la señal de la cruz
y si en caso contrario
se irá al infierno.



Eduardo D'Anna nació en Rosario en 1948.
Este poema pertenece a su libro *La Montañita* (Buenos Aires, Libros del Empedrado, 1993).



Darwin, Juan Pablo II, Einstein, el príncipe de Saboya, Federico García Lorca, Caruso, son sólo algunos de los visitantes ilustres que tuvo la ciudad. Pero al poeta Eduardo D'Anna le parecieron, al fin, poca cosa, y para enaltecerla de verdad lo trajo directamente a Cristo.



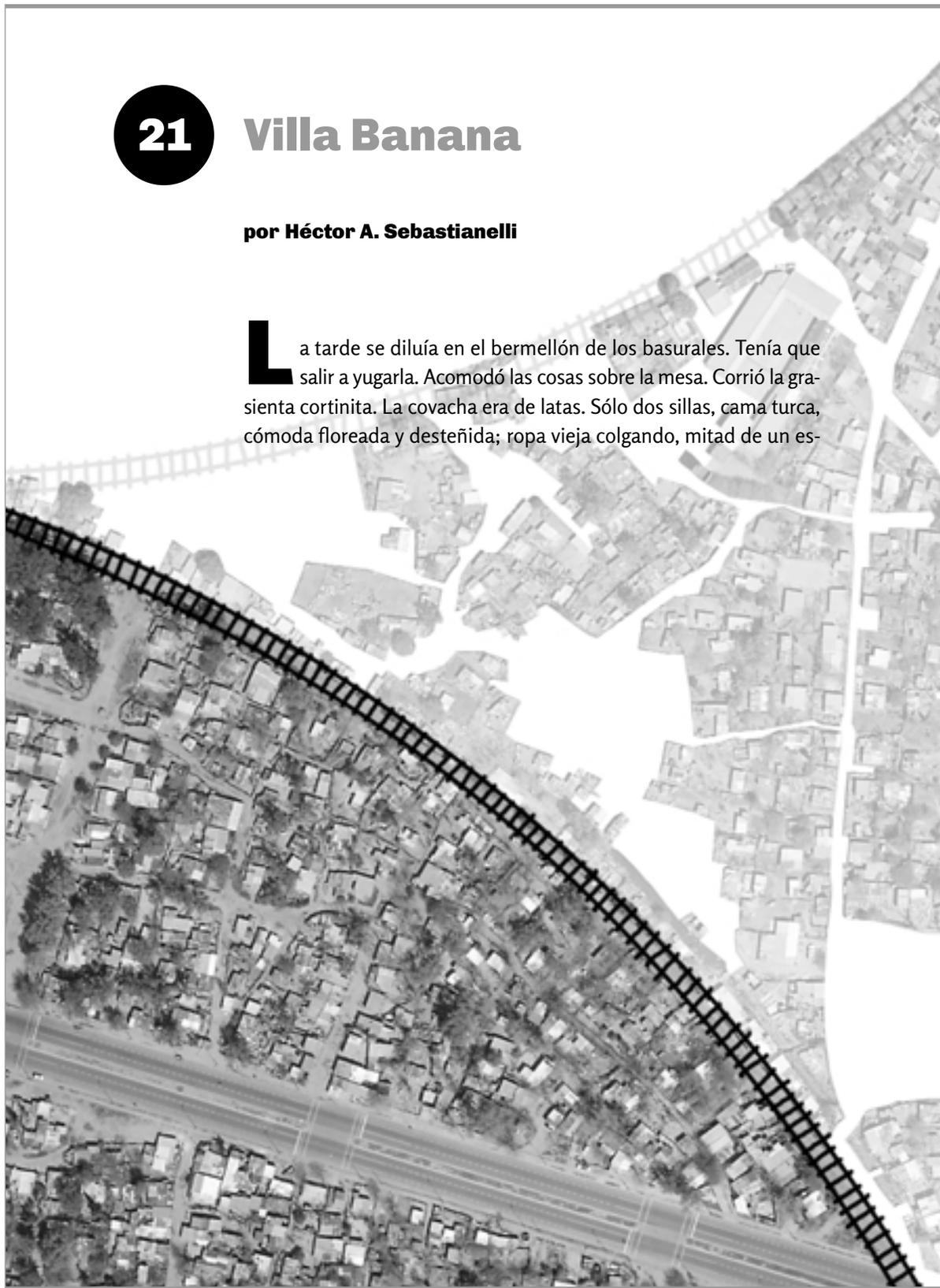
21

Villa Banana

por Héctor A. Sebastianelli

La tarde se diluía en el bermellón de los basurales. Tenía que salir a yugarla. Acomodó las cosas sobre la mesa. Corrió la grasieta cortinita. La covacha era de latas. Sólo dos sillas, cama turca, cómoda floreada y desteñida; ropa vieja colgando, mitad de un es-

Héctor A. Sebastianelli nació en Rosario en 1924 y murió en la misma ciudad en 1998. Este es un fragmento del relato "Nicola, el musicante", perteneciente a su libro *La rebelión de la basura* (Rosario, TEA ediciones, 1988).



pejo, la palangana cachada y agujeros con adherencias de toalla desflecada. En un rincón, solemne, el organito de caja, apoyado en la única pata torneada y lustrosa. La caja laqueada en amarillo suave donde flotaban gordos angelitos, sosteniendo guirnaldas de rosas absurdas, primorosamente fileteada, fechada en 1925, una firma ilegible, relumbraba brillante, como un salmo enquistado entre las latas.

Cargó la caja sobre el ancho torso siciliano. Pasó la correa por detrás del cuello. Se ajustó los pantalones. Estaba listo. Antes de salir controló los papелitos de la suerte. Diminutos, rosas, verdes y celestes, con versitos, para volar la fantasía. Repuso los que faltaban. Precaución antes que nada. La gente esperaba la buena fortuna. Pedían a los papелitos de colores. Y él mismo se los entregaba. Claro que la cosa era diferente a cuando los colocaba en las manos de las vecinas Juanita, la cotorrita misionera, que hacía un mes le robaran los piojosos de la villa. Pobre Juanita. Tanto como le costó enseñarle. Sin lorita su negocio perdía suspenso, era como trabajar con un mostrador por delante.

Aseguró la puerta con candado. Y se largó zigzagueando entre los ranchos. Callecitas para baqueanos. Latas, maderas, cartones embreados, fealdad de la pobreza corrida a ponchazos; pibes y perros, como ladillas. A veinte metros el ferrocarril Belgrano dibujaba el límite sur del rancherío. Atrás de las vías yuyales y montículos de basura humeando. Para salir hacia avenida Godoy debía internarse en la densidad de latas habitadas. Prefería hacerlo rodeando el caserío, caminando entre las vías, siguiendo la curvatura en forma de banana, pateando casi cuatro cuadras de más con tal de no mezclarse ni hablar con sus vecinos. Arrastraba los tamangos maldiciendo, en la mano el gran pañuelo gris, secándose el sudor, con su increíble oficio a cuestas. Metiéndose de polizón en un 1987 enfermo, violento; filtrándose casi de prepo, con el estrafalario organito fechado en 1925.



Una curva de las vías del viejo Ferrocarril Belgrano da nombre a uno de los asentamientos más populosos de la ciudad. Un habitante del lugar, anacrónico en su oficio, sale con su organito de 1925 a ofrecer papелitos de la suerte, que en 1987 no parece muy promisoría.



**La tarde se diluye
en el bermellón
de los basurales**

22

La montaña del Parque Independencia

por Luciano Stein

CUADRO III. Al pie de la montaña del Parque Independencia. ESCENA IV.

¡Al lago! ¡A beber,
a beber y a remar!



ADOLFO. — ¿Quién ganó? ¿Quién ganó?

LOLA. —¿Quién si no Ernesto?

PANCHO. —¡Te felicito, hermano! Con razón en Inglaterra le dan whisky a los caballos.

PÉREZ. —Si parecías Singrosi. ¡Qué virajes, hermanito!

CONSUELO. —Di mejor qué visajes. ¡Mírenlo cómo ha quedado!...

ERNESTO. —Es que me siento medio mareado.

ADOLFO. —Claro, las alturas marean. *(Tomándole la botella.)* ¡Y el coñac! *(Bebe un trago y le ofrece a ERNESTO, que bebe y le vuelve la botella.)* Eso te compondrá. A la salud del Zar de Rusia y de las damas presentes. *(Bebe.)* Toma tú, Consuelo...

CONSUELO. —¡Y de los ausentes! *(Bebe también.)*

ADOLFO. —Non tocate a la Regina, que si nos vieran algunas ausentes... Qué te parece, Ernesto, si te viera tu mujer, por ejemplo... La pobre Luisa *(burlón)*, la pobre Luisa que a estas horas estará desvelada esperando la vuelta del bueno de su maridito... ¡Ja, ja, ja!

LOLA. —¿Y tu novia?

ADOLFO. —¡Ah!... En cuanto a Adela, la pochocha mía, estará roncando como un ángel y soñando con la felicidad que le espera. *(Risas.)* ¡Y si supieran!... *(A ERNESTO.)* Si nos vieran, hermanito... ¡La verdad es que somos unos bárbaros! Vamos a ver, Ernesto; tú tienes una mujer que es un ángel... una excepción entre las mujeres casadas, que nunca ha tenido la buena idea de darte celos. ¿Por qué la engañas?

PANCHO. —¡Por eso mismo, tal vez!...

ADOLFO. —¡Cállate tú! Que responda Ernesto... Dinos. ¿Por qué engañas así a tu mujercita?... *(ERNESTO hace un gesto de desagrado.)* ¡Jesús, no pongas esa cara de marcha fúnebre!... ¡Estás muy viejo para hacer papelones!...

CONSUELO. —Déjalo. *(Irónica, abrazando a ERNESTO por el cuello.)* Di, Er-



En 1902 el dramaturgo Florencio Sánchez trabajaba como periodista en Rosario y firmó con el seudónimo Luciano Stein la obra *La gente honesta*, que satirizaba a ciertos políticos y periodistas de la ciudad. Alertado de su contenido, el Concejo Deliberante prohibió su estreno y el autor recibió una golpiza que no logró amedrentarlo. Ese mismo año presentó, también en Rosario, su célebre pieza *Canillita*.

nesto. ¡Si estás arrepentido te llevaremos a tu casita!... ¡Ja, ja, ja!

ADOLFO. —¡Qué vergüenza! ¡Que no se diga!

ERNESTO. (*Reaccionando.*) —¡Qué borrachos insoportables!... ¡Lindo momento para filosofías!...

PÉREZ. —¡Que hable! ¡Que dé su opinión!

ERNESTO. —Pues bien. Dame un trago, Adolfo. ¿Ha habido algún hombre en el mundo que no engañara a su mujer?

ADOLFO. —¡Sí, señor!... ¡Uno! ¡Adán!... Que no le engañó porque no tenía con quién... Pero ése no es el caso. ¿Por qué engañas tú a Luisa?

ERNESTO. —Porque es una santa, porque no me da celos, porque me tolera sin protestar todas mis calaveradas... Por eso la engaño.

ADOLFO. —De modo que si fuera una arpía le guardarías fidelidad.

ERNESTO. —No, entonces la engañaría por insoportable, por fastidiosa, por mala... ¡El mundo es así!...

CONSUELO. —Palo porque bogas y porque no bogas palo. De modo que...

ADOLFO. —De modo que el matrimonio es un pretexto para burlar a las mujeres. ¡Pobres mujeres!...

CONSUELO. —Y para burlar a las queridas.

ERNESTO. —¿Cómo?

CONSUELO. —Claro. ¡Con el pretexto de que son casados nos engañan ustedes con sus mujeres! ¡Pérfidos!...

ADOLFO. —¡Bien! ¡Bien! Ese argumento vale un trago. ¡Che, Ernesto!... ¡Por el amor libre!... (*Bebe.*)

ERNESTO. (*Tomando la botella.*) —Por los hombres libres.

CONSUELO. (*Id.*) —¡Por las mujeres libres!... Y basta de brindis. ¡Al lago! ¡A remar!

ADOLFO. —¡Eso es! ¡A remar!... (*Cantando.*)

¡A beber, a beber y a remar!... ¡Eh, botero! (*Vanse izquierda.*)



23

La Montañita

por Barbijo

Lejos del ruido esgunfiador al cohete
y con el berretín de vida pura,
a la orilla de un lago de juguete
se levanta tu cumbre en miniatura.

Montañita: Ya estás en decadencia
y ya no tenés pinta de Recreo.
Todos te olvidan pero ante esta ausencia
yo te ensoco mi música de reo.

Te han espantado ya de tu memoria?
Te amuraron, sin nada que te enmarque?
¡A vos que fuiste de los niños gloria
y monumento vegetal del Parque!



Resto de la ciudad, hay todavía
dos secretos que tu figura encierra:
un cono fiel a tu melancolía
y un círculo que es tumba de tu tierra.

En el medio de un triángulo preciso
—cancha, hipódromo, lago— sos el centro
del “carrousel” plateado del Hechizo
que juega con mi sangre, muy adentro.

Estampa antigua; tengo tu silueta
bien metida en mis ojos sin halagos
mezclada con la límpida viñeta
de Iguazú que era pingo de estos pagos.

Como toda montaña, tu costumbre
fue contar las estrellas una a una
y para la ciudad tuvo tu cumbre
muy fijo el sol, pegada bien la luna.

Punta gastada hoy, no entrás al cielo;
ni engrupís a la luz de la mañana;
arrinconada estás en tu recelo;
nada junás de la milonga urbana.

En tu rincón de olvido no te queda
más que una pinta de caricatura,
aunque a veces los árboles de seda
adornan tu minúscula figura

y los burreros del Independencia
y los del fútbol —en su inmensa grita—
te quieren animar con su presencia...
¡pero no hay caso vieja Montañita!

Estás muerta —bien muerta—. No se alza
ni se ve en tu favor ni un solo gesto.
Te resucito en verso que te ensalza
pero lo mismo te darán el pesto.



Barbijo fue el seudónimo con el que Fausto Hernández firmó sus únicos cuatro poemas dedicados a la ciudad. Al ocultar su nombre, ocultó también su verdadera identidad poética, definida en sus libros *Pampa* y *Río* por la armonía y el léxico refinado, y tan distante del lunfardo como de los temas urbanos.



**De los niños gloria
y monumento
vegetal del Parque**

24

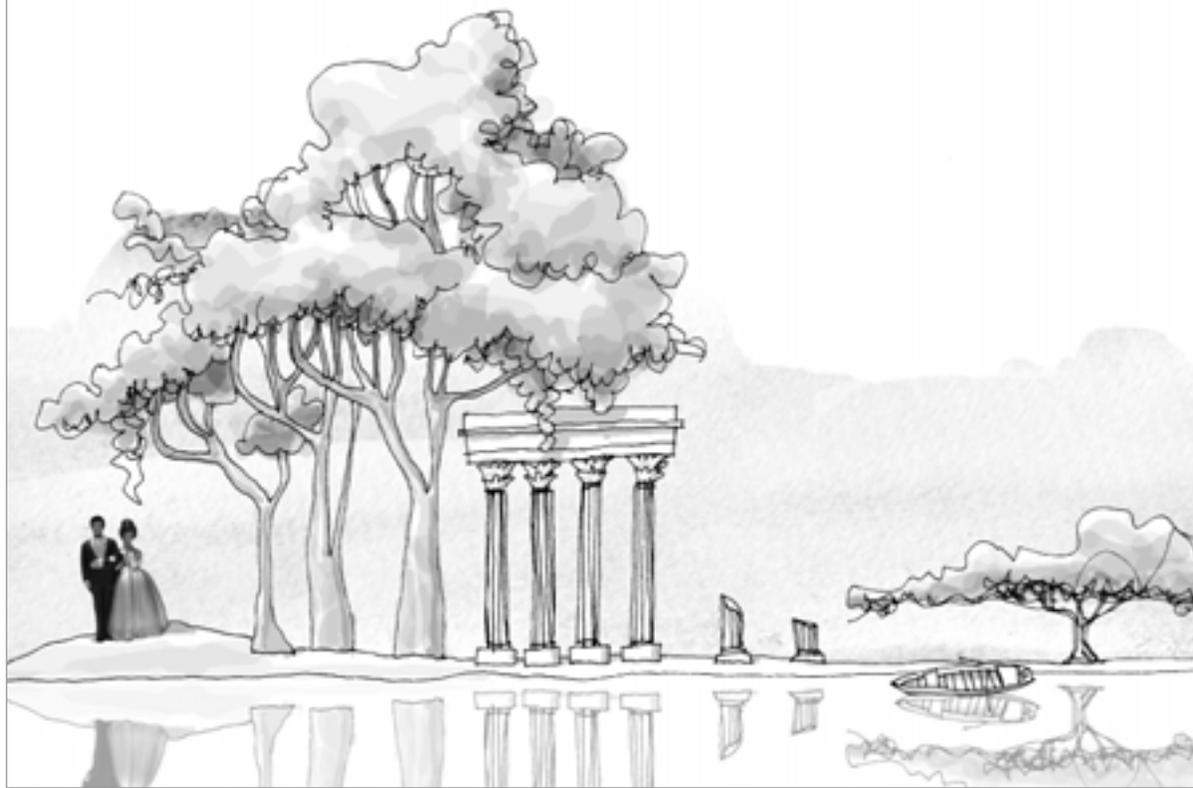
El lago de los botes

por Edgardo Dobry



Una mitología reducida a cisnes con cuellos de alambre retorcido y columnas que no sostienen nada construye, para el poeta, la ciudad de la infancia. Allí, la naturaleza se deja domesticar en aguas oscuras que ocultan misterios en su ilusoria profundidad.

Una vez al año lo vaciaban
—pues de lo artificial se burla la Natura
tocando con su vara de hediondez y podredumbre.
Entonces se podía caminar
hasta la isla que había en medio
en un Éxodo apenas estorbado
por los abotargados vigilantes del parque.
Se iba allá a remar: era el lago de los botes.
Cuando de veras lo anegaban
la diversión entera consistía
en dar vueltas en torno de la isla,



en pellizcar los largos plumerillos
y agachar la cabeza justo a tiempo
de esquivar el puente o en tirarse
migas de sandwich entre una nave y otra.
Era un anillo oscuro entre los yuyos altos,
una agua tan opaca que parecía profunda,
tan quieta que el miedo alimentaba
a su fauna de larva y renacuajo.
Al lado del embarcadero, rodeado de columnas
con capiteles corintios que no sostienen nada,
empedrado de losas
de moho maculadas y de charco verde,
un cisne rechoncho de cemento,
el cuello de alambre ya pelado
y retorcido varias veces.
Era toda nuestra mitología
en una ciudad sin más historia
que una decrepita promesa de futuro.
Los botes de los besos primos
y en todas las casas siempre había
el rústico retrato de una boda,
el laguito en el fondo del paisaje.
Algodón de azúcar pringado en la memoria,
manzanas confitadas de un domingo,
se iba allá a remar, era el lago de los botes.



**La diversión
consiste en dar
vueltas en torno
de la isla**



25

Rosedal

por Francisco Gandolfo

Rompió la melancolía
la carcajada del sol
en el rosedal con niebla.



El singular lirismo de este poema —desacartonado y coloquial— es la nota característica de la poesía de Francisco Gandolfo, que es además uno de los grandes editores independientes de la Argentina. En su imprenta La Familia, de Ocampo 1820, publicó la mítica revista *el lagrimal trifurca*, que salió entre 1968 y 1976.

Francisco Gandolfo nació en Hernando (Córdoba) en 1921. Este poema fue publicado en la revista *Bastardilla* № 2 (Rosario, noviembre de 1992).

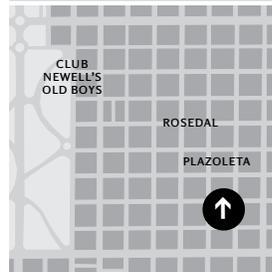
26

Una plazoleta

por Alberto Lagunas

Y las golondrinas comenzaron no a huir sino a llegar en el cielo de un verano sobre el Parque Independencia de Rosario, allí donde el parque se incrusta entre edificios en calle Moreno, donde los árboles gordos como ombúes —pero que no son ombúes— van recortando callejuelas y tapando monumentos, y donde un tobogán y varias hamacas crean un espacio de verdadero descanso y en esa plazoleta te despedí una tarde, luego de haber tomado examen juntos, hermosa como un atardecer y me dijiste que pasara a buscarte en el edificio que está justo frente al parque. Y esa noche con luna bajaste la escalera —en lugar de bajar por el ascensor— dejando arrastrar alegremente el chal blanco, que hacía increíblemente juego con el vestido violeta, sobrio, y el collar blanco y tu pelo castaño claro. Creí nuevamente morir. Pero de miedo a meter la pata. Era la tercera vez que te veía. Y estabas más hermosa, más lejana que nunca.

Allí donde el
parque se incrusta
en edificios



Donde el Parque Independencia limita con la calle Moreno, la fronda se detiene ante un edificio del que, una noche de luna, saldrá una mujer tan hermosa y lejana que quien la espere sólo podrá meter la pata.



Alberto Lagunas nació en San Nicolás (Buenos Aires) en 1940. Este es un fragmento del relato "El amor que no se dio" perteneciente a su libro *Diario de un vidente* (Buenos Aires, Losada, 1980).

27

Edificio Bola de Nieve

por **Angélica Gorodischer**

Ante todo la sequía, y enseguida cierta confusión en las calles, como que la antigua —y desaparecida— Calle de la Aduana, corriera un día entre las de Maipú y Laprida pero cada vez más hacia el oeste como quien amenaza los edificios. Los hombres tuvieron que ir a hacer las apuestas a otro lado y se abrió una oficina en el Bajo de la Peregrinación pero ya no era lo mismo. Después de eso, el alud. Durante mucho tiempo se dijo que el alud había caído antes que la torre inclinada de la Bola de Nieve, pero también se sostuvo que no, que la torre se había venido abajo antes de la llegada del alud. Lo cierto es que todo el cuadrante noroeste de la ciudad quedó sepultado bajo una avalancha de piedra y barro desprendida de los Montes Urales. La caída de la torre no cobró víctimas.

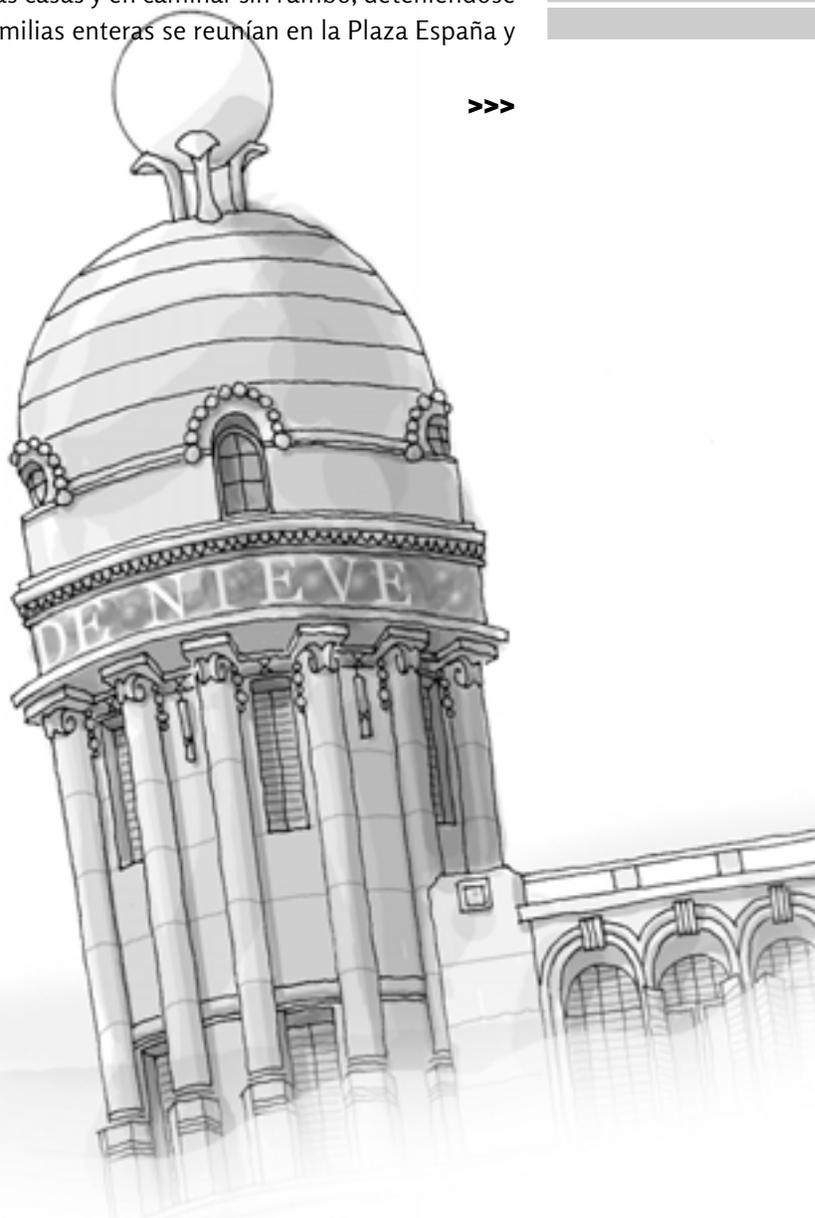


La ciencia ficción y el género fantástico tienen en Angélica Gorodischer a una de sus ejecutantes más inventivas, capaz no sólo de convertir una emblemática construcción rosarina en una torre ladeada, sino de hacer llegar hasta el centro de la ciudad una avalancha desprendida de los lejanísimos montes Urales.



Pobre ciudad castigada. Se declaró el estado de emergencia y llegaron helicópteros que dejaban caer medicamentos, leche en polvo y frazadas. Se cortó el suministro de agua y de gas. Los teléfonos dejaron de funcionar pero como siempre habían funcionado espasmódicamente, a nadie le inquietó mucho la incomunicación. Por otra parte no se necesitaban los teléfonos porque las gentes dieron en salir de sus casas y en caminar sin rumbo, deteniéndose en alguno sitios. Familias enteras se reunían en la Plaza España y

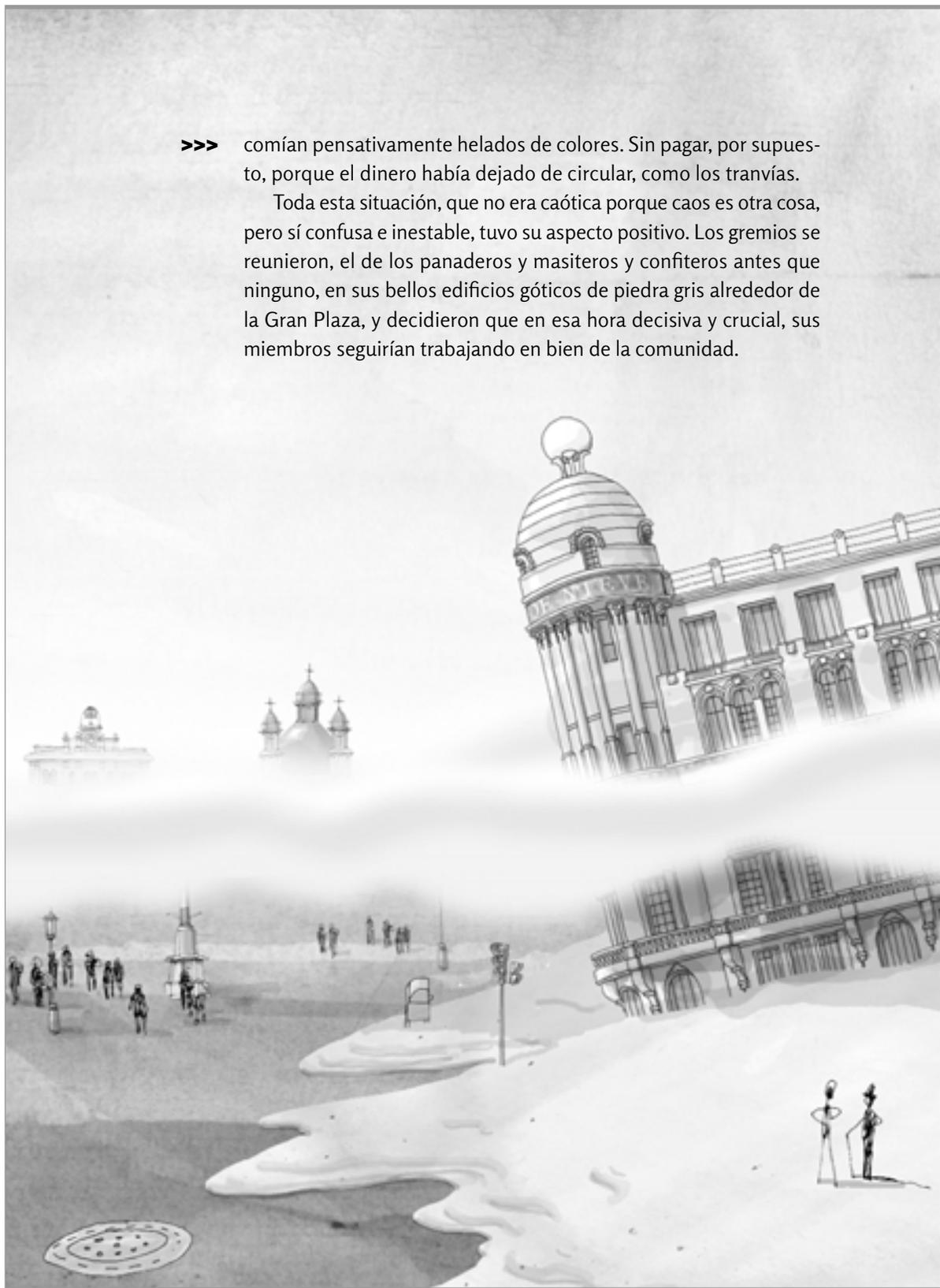
>>>



**Familias enteras
comen pensativa-
mente helados
de colores**

>>> comían pensativamente helados de colores. Sin pagar, por supuesto, porque el dinero había dejado de circular, como los tranvías.

Toda esta situación, que no era caótica porque caos es otra cosa, pero sí confusa e inestable, tuvo su aspecto positivo. Los gremios se reunieron, el de los panaderos y masiteros y confiteros antes que ninguno, en sus bellos edificios góticos de piedra gris alrededor de la Gran Plaza, y decidieron que en esa hora decisiva y crucial, sus miembros seguirían trabajando en bien de la comunidad.



Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



En el próximo número

Juan Carlos Onetti Roger Pla
Edgardo Cozarinsky César Tiempo
Noemí Ulla Alejandro Rubio
Hugo Diz Elvio Gandolfo

Recorrido 5 de 10

Aparece el domingo 22 de agosto

Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad

Más de setenta escritores que tomaron a Rosario como escenario de sus relatos y poemas, a lo largo de diez recorridos por la ciudad que la literatura reinventó en el último siglo y en diez entregas quincenales. La ciudad de las cosas que ya no son y perviven, o nunca fueron pero podrían ser. La de nuestras mejores y peores fantasías.

Una ciudad imaginaria. O la única real.

*En el año del III Congreso Internacional de la Lengua Española
“Escritura literaria: la invención de una identidad”*



III Congreso Internacional
de la Lengua Española
Identidad lingüística y globalización

:e(m)r;

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



MUNICIPALIDAD DE ROSARIO
SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN